

ACTA
DE
LA SESION PÚBLICA INAUGURAL
DE LA
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA,

CELEBRADA

el 29 de Noviembre de 1868.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y C.^o

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1869.

D. Juan Cortada, D. Clemente Campá : sus nombres bastan á su elogio. Virtudes, saber, talento, cuantas dotes morales pueden levantar la dignidad humana sobre honroso y legitimo pedestal, todo fué patrimonio suyo. Honramos pues, su memoria, que la posteridad justiciera debe un dia dilatar.

He dicho.

Adolfo Blanch,

Secretario.

DISCURSO

DE

D. José Leopolda Feu.

LA TRADICION DE LOS PUEBLOS

LITERARIA, FILOSÓFICA Y SOCIALMENTE CONSIDERADA.

Señores:

I.

Honrado inmerecidamente con el encargo de dirigiros la palabra en este día solemne, siento no poder ofreceros un estudio proporcionado, por su valía é importancia, á la respetabilidad del Cuerpo literario que hoy inaugura sus tareas, ni mucho ménos á la ilustracion y capacidad del distinguido auditorio que, en obsequio á la corporacion veneranda, no como tributo de deferencia á mi persona, ocupa este recinto.

Todavía no se han borrado de mi memoria las elocuentes y tiernísimas frases de otro señor académico numerario que el año último, y en sesion análoga á la que hoy celebramos, disertaba profunda y concienzudamente acerca del *Sentimiento de la naturaleza*, de sus risueños encantos y embriagadoras fruiciones, y de la manera como puede, rectamente dirigido, contribuir á remozar y fortalecer el espíritu de los pueblos. ¡Cómo no desconfiar de sí mismo ante la solemnidad de éstas circunstancias; cómo emular la impresion de los gratos recuerdos que en tropel asaltan mi mente, y responder hoy á las esperanzas que debe engendrar en vosotros el hecho de

ver á un escritor inexperto salir de la oscuridad á que su falta de merecimientos le condena y sentarse atrevidamente en esta cátedra ilustrada hace más de un siglo por el saber y la experiencia!

Pero ya otra vez, Señores, me ví en la indeclinable precision de alzar mi voz en esta Asamblea literaria y recuerdo qué, para superar las dificultades del empeño, vino en mi auxilio dichosamente la evocacion del carácter histórico y tradicional de ésta misma Academia.

Siguiendo hoy mis propias huellas, y considerando que uno de los fines, quizás el primero, de este respetable Instituto es el allegamiento y la preparacion de los materiales necesarios para escribir y depurar la historia del país, he pensado que no os seria desagradable un discurso encaminado á significar y encarecer brevemente la importancia de la historia estudiada en su elemento fundamental: —la tradicion de las comarcas.—

Dadme, pues, Señores, que, siquiera por breves instantes, me constituya en auxiliar indirecto de las tareas históricas de la Academia, haciendo sentir todo su alcance y trascendencia y examinando el valor de *la tradicion popular* literaria, filosófica y socialmente considerada. Bien se os alcanza que el tema designado no es pobre, ni mucho menos infecundo: al contrario, en las manos de cualquiera de vosotros seria campo fértil y abundoso de enseñanza, venero inacabable de investigaciones, ó, para valerme de un símil eminentemente gráfico, como el pilon de ciertas fuentes misteriosas de donde brota mas agua cuanta mas agua se extráe: en las mías será tan sólo el cumplimiento estricto de un deber académico, la ordenacion de incompletos y descuadernados apuntes, el ocio de más agitadas y perentorias ocupaciones.

II.

Ante todo fijémonos en el recto sentido del elemento moral que vamos á estudiar; tracemos en brevísimo cuadro los rasgos propios y descollantes de su fisonomía, expliquemos su esencia, describamos sus contornos.

¿Qué es la *Tradicion*, Señores?

No se necesita ser gran conocedor de nuestra rica, eufónica y variada lengua, ni estar muy versado en los misterios de la filología

para saber que la voz á que nos referimos tiene varias y determinadas acepciones.

Dejemos á un lado, por ser ajena de este sitio, la de carácter religioso.

Aun en lo humano, aparece susceptible de diversos significados. Segun el Diccionario de la Academia Española, «tradicion es noticia de alguna cosa antigua que viene de padres á hijos y se comunica por relacion de unos á otros.»

Gramaticalmente hablando, esta es la significacion más precisa y concreta del vocablo ; pero en la literatura general la idea se engrandece, perdiéndose, por meramente adjetiva y secundaria, la circunstancia de que el hecho ó suceso se comuniqué oralmente; de forma que un pueblo, una sociedad entienden por *sus tradiciones propias*, aquellos incidentes, aquellos relatos, aquellos episodios legendarios que ván unidos al recuerdo de sus épocas anteriores y que la historia transmite y conmemora, al par de los sucesos, como datos de su vida moral.

En el terreno filosófico ostenta mayor amplitud y vaguedad de sentido la palabra cuya significacion explicamos. No se trata ya de relatos ni de episodios, sino de una síntesis, de una generalizacion. No se buscan ya las tradiciones especiales de una sociedad ó de una familia; sino *lo tradicional* en conjunto, es decir, lo pasado, lo pretérito en contraposicion á lo actual y á lo nuevo. Señaladamente en política esta ha sido la acepcion más comun y manoseada de la palabra.

Por último, con los variados elementos morales que entran hoy en el campo de la critica filosófica y científica, la palabra *tradicion* ha adquirido un nuevo significado, y es de tanta importancia la postrera evolucion á que nos referimos que por breves momentos debemos hacer alto en ella.

Decíamos ántes que la filosofía y la política usaban de lo tradicional como sinónimo de lo pasado, ó de lo que ya aconteció. Pues bien; no faltan pensadores esclarecidos que la emplean en sentido enteramente antitético, es decir, como lo que, habiendo sido, *es todavía*; como lo único que ofrece *estabilidad y permanencia* en la sucesion de los imperios y las civilizaciones que alternativamente se derrumban; como lo que se *conserva* y logró *salvarse* del naufragio al través de las edades. Así que, aplicada á las ciencias morales, la tradicion

se usa para expresar la herencia perdurable del sentido común, la armonía de ciertos instintos y tendencias populares en todas las zonas y latitudes, más claro, la *philosophia perennis* de que hablaba Leibnitz; en sus relaciones con la literatura, tradición vale tanto, según indica Ozanam, como lo que nos queda vivo, resplandeciente, incólume de los pasados tiempos; como la continuidad de los esfuerzos de todos los siglos y generaciones en el cultivo de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno; como el conjunto de datos y noticias encaminado á patentizar que en el mundo lo de hoy ha sido engendrado por lo de ayer, y que un periodo histórico se engrana indeclinablemente con el que *le precede* y el que *le sigue*, sin solución de continuidad.

Conviene hacer hincapié en esta cuestión de tecnicismo. Si hay una materia en que las voces sean trascendentales, es en la que nos ocupa. Vindicar el respeto á las tradiciones, no es alzar la bandera del *tradicionalismo*. Entre ambas ideas media la distancia que separa el uso del abuso; una cosa es el sentimiento en su esfera propia y otra su degeneración. Amar lo tradicional como tradicional, lo pasado como pasado y bajo la mira de restablecerlo; ó amarlo por su realidad positiva, por la virtualidad que *alcanza todavía* en lo presente, son dos ideas que parecen idénticas y que ocultan, no obstante, un fondo de antagonismo. Lo primero es luchar á brazo partido contra la corriente poderosísima de las ideas; es preparar á todas horas inconsideradas restauraciones; es amonazar á la sociedad con la perspectiva de profundos estremecimientos, en una palabra, es ser revolucionario en orden inverso; al paso que lo segundo es manifestarse conservador en toda la latitud de este vocablo; es reconocerse una vez más pequeño, limitado y modificable; es estudiar lo que *fuimos* para saber lo que *somos*; es analizar los rasgos y caracteres de nuestra *personalidad histórica* para adquirir el sentimiento incontrastable de *nuestros deberes presentes*.

Hé aquí, pues, dos tradiciones abiertamente contrarias: una muerta, otra viva; una que hace gala de despego por todo lo presente, otra que lo ama con tierna efusión y aspira á esclarecerlo con los luminosos resplandores de lo pasado; una pesimista y atrabiliaria que cree descubrir en todas partes el testimonio de nuestra gradual degeneración, otra progresiva que halla en el eslabonamiento de las sociedades y de las épocas un conjunto armónico y encantado.

ramente rítmico; una que duda de la mano de la Providencia y teme á cada instante por la suerte del género humano, otra que tiene fé en las leyes del orden social y acata reverente las disposiciones del Altísimo (1).

Para el que conozca, Señores, el fondo constante de nuestras aspiraciones y sentimientos—que han recogido ya ántes de ahora gran copia de artículos y de opúsculos en varias épocas publicados—, no puede ser dudoso cuál de las dos tradiciones nos proponemos hoy encarecer y preconizar. Nuestra tradicion no es la Musa plañidera que, ceñida de funeral ciprés, llora sobre lo pasado y se duce á la continua de la amarga realidad de las cosas presentes: por reverso, somos hijos agradecidos de la época actual y con ella palpítamos y sentimos; pero anhelosos de que se cumpla la mision que el Cielo depara á nuestro siglo, celosos custodios de la libertad moderna y deseando ponerla á cubierto de los estragos de las pasiones, le pedimos sus consejos, sus luces y sus favores á la historia, *testis temporum, magistra vitæ, lux veritatis, vita memoriæ* como decia el Príncipe de la elocuencia romana (2).

Conste, por lo tanto, que al hablar de la tradicion lo haremos dando siempre á la palabra un sentido convencional y es el siguiente: la *tradicion* viva, ora considerada literariamente como el conjunto de los relatos, de los episodios y las leyendas que acompañan á la historia de los pùeblos; ora en el sentido de Ozanam y de los filósofos modernos, es decir, como el hilo de oro de los esfuerzos y las investigaciones y los trabajos que prueban la continuidad del progreso al través de la historia.

Y atendido que estas dos ideas ó definiciones de la palabra, aunque concuerdan en cierto concepto, recorren una órbita distinta, dividiremos en dos partes esta monografía: primera, la que hace referencia á la importancia de *las tradiciones* históricas apreciadas como elemento moral y literario de los pùeblos; y segunda, la realidad y eficacia de una *tradicion* perenne conservada al través de los tiempos en las diferentes manifestaciones de la actividad general. Por último, complemento de nuestra desmañada tarea serán algu-

(1) A esta segunda tradicion se refieren generalmente los autores que hoy investigan las leyes de la historia. Entre ellos recordamos al P. Gratry que llama á la historia «la ciencia de la esperanza.»

(2) Ciceron, de Orat., lib. II.

nas breves reflexiones sobre la manera como el sentimiento de la tradicion puede influir modernamente en el desarrollo de los estudios científicos.—El asunto es grave y las fuerzas de que disponemos muy escasas; en gracia siquiera de la bondad y alteza del propósito, oídos, Señores, con vuestra habitual benevolencia.

III.

El cultivo de las tradiciones como elemento integrante de la historia ha sufrido en la marcha de los tiempos redobladas alternativas y peripecias. A la raíz de las sociedades, en aquella época genesiaca y misteriosa que Vico apellidaba *divina*, la historia, si existe, aparece en un estado meramente embrionario, y, como el derecho, como la verdad en general, vive en la conciencia pública bajo la forma de revelaciones míticas, de sucesos maravillosos, de tradiciones semi-fantásticas.

Mas tarde la complejidad creciente de las relaciones entre los individuos y las familias hace necesario que los elementos morales y políticos adquieran mayor fijeza y estabilidad. En este periodo de la civilizacion nace la ciencia, y, como precedente de la misma, el inventario de los hechos, la *crónica*. Al principio formúlase esta como el simple eco de la opinion, mejor diríamos de la ignorancia dando como exactos ciertos hechos de la fábula; pero á poco no faltan espíritus investigadores, inteligencias robustas ganosas de deslindar con fino escarpelo lo verdadero de lo falso, lo real de lo ideal. Por este camino la historia llega á ser exclusivamente narrativa. Guerras, batallas, muertes, asolamientos, destrozos, la proclamacion y la caida de algun Príncipe salido de la oscuridad y elevado á la realeza, las vicisitudes y catástrofes de determinadas dinastías: hé aquí la *urdimbre de que se compone* el tejido de la historia.—Después la filosofía se abre paso, y la reflexion, entronizada en todas las esferas, ocupa el lugar de la espontaneidad; la legislacion deja de ser incierta y se fija en los códigos; ya no basta la relacion y descripcion de los sucesos siquiera verdaderos; búscase en lo pasado la moraleja, la enseñanza que encierran los acontecimientos para aviso de las nuevas generaciones, y la historia se hace filosófica. En este nuevo periodo tampoco son estimadas y apreciadas las *tradiciones*

populares, porque la filosofía que se entronizó es exclusivamente racionalista y rechaza, desatiende por sistema las manifestaciones del sentimiento. Inquiérense entonces las leyes generales del progreso, tuércense los acontecimientos para acomodarlos al lecho de Procusto de una idea preconcebida, búscase el secreto de la civilización, preguntase cada día si los pueblos se desarrollan de abajo arriba, de arriba abajo ó en línea espiral; pero nadie se acuerda del verdadero procedimiento filosófico, de la observación aplicada de buena fé al estado real y positivo de las sociedades.

Tras decepciones sin cuento y larga cosecha de amarguras llega un período *sereno* en que la razón se cansa de sí misma y desespera de resolver por sus solas fuerzas el problema que audazmente planteó; llega un período en que el hombre comprende que su naturaleza moral es esencialmente compleja y que ninguna de sus facultades, ninguno de sus elementos debe permanecer ocioso cuando de su educación se trata. Del mismo modo los pueblos adivinan que en su seno no hay fuerzas inútiles, y por lo tanto que para entrever algo del mecanismo total, del conjunto misterioso es preciso examinar y quilatar el valor absoluto y relativo de cada una de las partes.

Entonces nace y se formula la historia en su traza más gigantesca, en su más levantada y amplia excepción: la historia *verdadera*, pues que, sin exagerar el alcance de la potencia humana, acoge todas las formas y manifestaciones legítimas del espíritu nacional; *aleccionadora* de los pueblos, pues que los presenta tales como son en su inferioridad y flaqueza relativas; *moral*, porque temple los caracteres con el espectáculo de la lucha enseñándoles que, como decía el santo obispo de Hipona, fundador de la filosofía en la historia, «nadie se separa del orden por la culpa sin que vuelva á entrar en el orden por la pena»; *descriptiva*, porque traza el cuadro de las épocas con lápiz seguro y las colorea diestramente con adecuadas tintas; *filosófica*, porque en vez de imaginar observa, y en vez de fantasear caprichosamente ideales espléndidos de la vida, la exhibe y presenta como es en la variedad, complejidad ó integridad de sus elementos y resortes. En este estado desaparece casi por completo el dualismo que algunos soñaban entre la historia que lo escribe y la que enseña; y la relación de los hechos se subordina de una manera espontánea al fin primordial de la enseñanza, siquiera en las apreciaciones se note

mayor discrecion, sobriedad y cordura de las que brillaban en los periodos anteriores.

Cuando la historia ha recorrido las diversas etapas que ofrece su paulatino desenvolvimiento; cuando ha pasado del período de credulidad infantil á la descarnada narracion de los sucesos, luego á la crítica moral de las acciones, de esta á la investigacion filosófica que busca perseverante el secreto y las leyes de la vida y de esta última á la exposicion y estudio de las épocas en la variedad y complejidad de sus caractéres, entónces es cuando rebrota y se desenvuelve el amor á las *tradiciones populares*. Los desengaños racionalistas conducen de nuevo á la observacion, y para conocer á los pueblos lo que se pregunta ante todo es cuáles son los caractéres geniales y propios de su personalidad. Asidos al primer eslabon de la cadena los hombres pensadores procuran levantar una punta del velo que encubre los orígenes del país; y en las regaladas expansiones del espíritu, en las creencias generales, en las preocupaciones de la muchedumbre, en sus mismas extravagancias, temeridades y arrojamientos, hallan los contornos de la vida nacional, el drama palpitante de los sentimientos y las ideas, de los gozos y las amarguras, de los temores, las ansias y las aspiraciones, de los vicios y las virtudes.—¿Qué importa que no sean exactos todos los hechos y los pequeños accidentes y las hazañosas empresas que las tradiciones registran si, por ejemplar y extraordinaria manera, descubren el estado psicológico y moral de la sociedad que las prohija? ¿Qué importa que no podamos recoger el fruto como sazonado si, por las flores tempranas y vistosas que esmaltan el árbol, conocemos perfectamente la tierra en que germinó?

Las tradiciones populares de una sociedad, sea esta antigua ó moderna, convienen siempre en producir uno de los dos resultados siguientes: rasguear y delinear caractéres, ó dar á conocer el nivel de las costumbres y de la imaginacion de los pueblos. En cualquiera de ambos conceptos las tradiciones constituyen un dato precioso para el estudio de la historia. Revelar caractéres es poner de relieve los resortes íntimos de la accion, las fuerzas vivas de una sociedad; así como interpretar los sentimientos y descubrir el ideal poético de un pueblo, es ahondar en sus entrañas mismas, es rasgar de alto abajo el velo que encubre su vida moral.

La consideracion de que algunas tradiciones, ó los relatos que

ellas encierran, no aparezcan comprobados y justificados documental-mente, no es parte por sí sola para desautorizarlos. En su fondo hay siempre verdad relativa, hay la expresion de una tendencia social, la energía de un sentimiento comun. Y si esto no bastase para realzar y avalorar su importancia como elementos de interpretacion, ¿qué valdria ante la historia todo el conjunto de las manifestaciones aisladas y subjetivas que constituye la literatura de un pueblo?

No hace muchos años que un crítico francés de autoridad reconocida, Saint-Marc Girardin, escribia una obra por todo extremo notable enderezada á estudiar y poner de relieve la diversa manera como se expresan y traducen algunos sentimientos y pasiones en las literaturas antiguas y modernas. La conclusion de este libro, verdadero estudio psicológico que hace honor á nuestra época, era que las obras literarias y aún las pertenecientes al teatro no son, ni mucho ménos, el espejo fidelisimo de las costumbres como tantas veces se ha supuesto; sino que todo lo mas presentan al desnudo el estado de la imaginacion popular y traducen las opiniones morales, los sentimientos en boga, los caprichos y desviaciones del espíritu. Alléguese á esto que las tradiciones tienen un sentido más general, más colectivo que las otras manifestaciones de la literatura, y se comprenderá todo su alcance y trascendencia para determinar los caracteres históricos de la sociedad á que se refieren. Si es verdad, como indicó el crítico antes citado, que el espectáculo de la vida humana y la imitacion de nuestros sentimientos y caracteres constituyen la causa primera del placer dramático (1), ¿habrá quien ponga en tela de juicio que las tradiciones son esencialmente *dramáticas* en el sentido de Saint-Marc Girardin?

Pero, como quiera que sea, las tradiciones despiden algo mas que un aroma literario. Raras veces les falta sentido moral, ya envuelto bajo el manto resplandeciente de la alegoría, ya excitando las fibras del sentimiento público con imágenes de desusada robustez ó tonos de exquisita delicadeza. Aun las mas excéntricas y originales, aún las que parecen henchidas de monstruos espantables, de sucesos maravillosos y que en apariencia se desligan de todo lo que les rodea, concurren al fin de enaltecer y glorificar el ideal poético en que aquella sociedad se mece, siéndoles, por lo tanto, perfectamente

(1) Curso de literatura dramática, tomo 1.º, pág. 4.

aplicable la discreta observacion que Dante encerraba en uno de sus cantos :

O voi ch' avete gl' intelletti sani
mirate la dottrina che s' asconde
sotto l' velame dei versi strani (1).—

Y cuenta, Señores, que no es por mera casualidad ó imprevision que dejamos asociados estos dos nombres :—tradicion, poesia. La segunda es en todos los países la hermana melliza, el elemento auxiliador de la primera; la que perpetúa sus expansiones bajo rica y afiligranada vestimenta; la que se encarga de esculpir las con caracteres indelebles en la memoria de las generaciones. Fiadas al elemento oral, las tradiciones populares llegaron á las nuevas edades como puros reflejos de la realidad destituidos de color, perdida del todo la sávia y la lozania. En cambio, arrulladas por la poesia las guarda incólumes el antiguo Oriente en los himnos de los Vedas, en los Puranas y en las esplendorosas epopeyas indicas gigantescas como el Mahabárata; transmitelas con orgullo la Grecia al través de las páginas de Homero, como tambien en la teogonia de Hesiodo; revistelas de ostentoso ropaje el pueblo hebreo eternizándolas en las páginas de la Biblia, y centellean al través de los *sagas* y del Edda en las brumosas y melancólicas regiones del Norte.

Durante los tiempos medios viven profundamente hermanadas para ser la manifestacion más sincera de las fuerzas que atesoran las nuevas nacionalidades: intimamente unidas reflejan los lazos que se crean diariamente entre la raza vencedora y la raza vencida, la fusion que se consume entre los restos del mundo antiguo y la individualidad germánica poderosamente fecundada por el soplo del cristianismo: los trovadores las popularizan en sus rimados cantos; los centros monacales las custodian y depuran, y cuando en el siglo XIII se levanta el más bello monumento poético que ha visto erigirse la cristiandad, la enciclopedia de la razon y del sentimiento unidas con indisoluble lazada, la epopeya sublime, titánica,

il poema sacro

al quale ha posto mano celo e terra (2).

es porque ya la leyenda católica se destaca con los más briosos ca-

(1) Inferno, canto 9.º, terz. 21.º

(2) Paradiso, canto 25.º, terz. 1.º

ractères y al lado de la filosofía de Alberto el Grande, de santo Tomás y de san Buenaventura, del genio de los trovadores y de las repúblicas del Mediterráneo hierve un cuadro inmenso de tradiciones sobre lo invisible y la vida futura, sobre la misión de la patria italiana y el misterioso presentimiento de las edades modernas que demandan á voz en grito un poderoso intérprete capaz de dar unidad á la más informe variedad é imprimir el sello del orden en medio del caos.

Coincidiendo con este desarrollo literario y á despecho de la turbación de los tiempos, vemos en las demás naciones neo-latinas crecer y formularse un género popular que recoge las espontáneas manifestaciones del espíritu público; y las tradiciones, cuidadosamente conservadas en el seno del hogar doméstico ó al pié del castillo feudal, se injertan en el tronco de las nuevas literaturas dándoles robustez y aliento bastantes para producir tesoros como el romancero del Cid, «ese hermoso collar de perlas, según el juicio de un crítico alemán (1), digno de ponerse al lado de los más brillantes y valiosos que de la antigüedad hemos heredado.»

Después de cerrado el nebuloso cuadro de la Edad Media y entrada ya la sociedad europea en el nuevo período que por convención se apellida *Renacimiento*, tampoco se estingue ó debilita el eco de la Musa popular; ántes buscando un elemento propio y un palenque más dilatado, se hace señora del teatro y produce creadores tan insignes como Shakespeare, Lope y Calderón de la Barca, espejos diáfanos y de exquisita transparencia donde se revela en todas sus fases y múltiples aspectos la personalidad histórica y tradicional de la nación en que respectivamente vivieron y que con su inspiración gigantesca immortalizaron. — ¡Tan cierto es, Señores, que las grandes figuras literarias, esos soles del mundo intelectual que la historia aclama y preconiza desde Homero hasta Goëthe y Schiller, no son meras personalidades descollantes favorecidas con un estro fogoso y varonil, sino que al revelarse ellas formulan el inventario de su tiempo, cristalizan, por decirlo así, las creencias, las tradiciones y los demás elementos morales de la sociedad en que nacieron, asegurándoles, por ende, una perpetuidad comparable con la de los mismos monumentos seculares formados de mármol ó de piedra

(1) Hegel.

berroqueña! — ¡Oh! si: ántes se borrarán de la memoria de las gentes esas páginas brillantes de la arquitectura, ya mutiladas y mermadas por la injuria de los años, que esas leves hojas fugitivas, hoy estereotipadas al infinito, donde depositó la bien tajada peñola de Cervantes los tesoros, donaires y bizarrias de su ingenio peregrino y de su inagotable imaginacion. No de otra manera lo comprenden hoy los estados y los gobiernos celosos de su dignidad; y hasta en la metrópoli británica, la tierra clásica de los intereses *materiales* segun algunos, preponderarán estas ideas por encima de las exigencias económicas, como lo demuestra el ejemplo de Carlyle, quien dice gallardamente en una de sus producciones que si en su mano hubiese estado alguna vez elegir entre dos calamidades positivas, la de que Inglaterra no dominara jamás en las Indias ó dejara de dar la vida al poeta Guillermo Shakespeare, sin vacilar optara por la primera entregando gustoso las llaves doradas del Oriente á trueque de conservar ileso el más alto signo de la nacionalidad sajona, el gran titulo de nobleza de aquel pueblo privilegiado.

En la edad moderna, por último, tampoco desdeñan los grandes poetas el cultivo de las tradiciones nacionales; y así, no solo por medio de la balada y la leyenda, sino á la sombra de la novela, el teatro y la epopeya semi-fantástica, dán cuerpo y vida á las épocas históricas reproduciéndolas con todo el lleno de sus accidentes y sus caracteres. Sirvan de ejemplo, entre muchísimos otros que citarse pudieran, los personajes típicos de D. Juan Tenorio y el doctor Fausto, hijos de la leyenda, como tambien en el terreno lirico, los poetas Schiller, Uhland, Teodoro Kærner, Beranger, Quintana, el duque de Rivas y otros muchos que ofrecen convenientemente hermanados el sentimiento artístico y el patriótico, ó mejor que, olvidando su personalidad egoista en aras de la personalidad nacional, aspirando á ser externos y *objetivos* ántes que individuales y metafísicos, han identificado su gloria particular con los sentimientos, los impulsos apasionados y los recuerdos de su patria.

De las frases anteriores se desprende cuán profundamente enlazadas y trabadas juzgamos las tradiciones de un país con la llama pura del patriotismo que arde en el corazon de sus naturales. A pesar del inefable encanto que despiertan la primeras *tradiciones* de una sociedad, á pesar de su sabor candoroso, de su ingenuidad y frescura, á pesar de su colorido de lugar y tiempo que las enaltece

en el concepto literario, perdieran para nosotros gran parte de su importancia si tuvieran un valor principalmente individual, en vez de traducir la aspiración colectiva de los pueblos. Y es que para nosotros la idea de patria expresa un elemento fundamental, una condición inherente, una circunstancia congénita del linaje humano. Harto sabemos que á la hora presente existe una escuela numerosa que pugna por contrarrestar este sentimiento patriótico tomándolo por reminiscencia de pasados tiempos y grosera derivación del egoísmo. La experiencia, sin embargo, enseña lo que de estas utopías puede esperarse. Por el camino del cosmopolitismo llegan los pueblos al enervamiento y á la atonía; mientras alimentando la llama patriótica se preparan para generosas y nobilísimas empresas y se templan para toda suerte de adelantamientos. Revolved los anales de la historia desde los primeros tiempos, cruzad el ámbito de la tierra desde Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodía, y siempre vereis, Señores, que el cosmopolitismo no pasa de ser la aspiración solitaria de unos pocos, en tanto que la noción de patria domina en todos los hombres, y sojuzga y avasalla las colectividades, que aman sus instituciones y sus costumbres, sus leyes y su historia, *no por ser mejores, sino por ser propias; no como buenas, sino como suyas* (1). Y ¡ay de los pueblos que momentáneamente dejan escapar de su seno esta preciosa ráfaga!—Al término de sus generosas ilusiones humanitarias se halla el más frío desencanto; la ruptura de todo lazo de adherencia y hermanamiento; la atmósfera moral de la duda en que se anegan las generaciones quebrado el ánimo y huida la esperanza.

Por otra parte, los progresos de la ciencia, lejos de anular el elemento nacional, demuestran cada día su acción y su eficacia como fuerza política. Autores nada sospechosos, y entre ellos Michelet, han observado que la idiosincrasia, tan poderosa en el individuo, lo es más aún en las sociedades, y que bajo la influencia del tiempo las tradiciones nacionales se convierten en hábitos, los instintos en costumbres, las tendencias en pasiones. En vano pretenden ciertas escuelas filosóficas descartar del *organismo social* lo que está en la organización íntima del individuo: al fin y al cabo el hombre, la entidad humana es el gran *factor* de los estados políticos y las tradiciones constituyen en todas partes el eco, el tornavoz de la

(1) Non enim patriam quia magna amat, sed quia sua. Séneca.

opinión pública; representan, si así vale decirlo, la misma conciencia social. En efecto, Señores, y séanos aquí permitida una leve digresión: por mas que en nuestra época se pregone y difunda el principio de la soberanía, ello es que resulta muy desmedrada en la práctica la que ejercen los pueblos: lo pasado influye sobre lo presente de una manera positiva; el recuerdo confuso de los elementos que rodearon su cuna viene á imprimir un sello de originalidad en las mismas usanzas y costumbres que se importan; el sentido comun templá con su embalsamado ambiente el hervor de las opiniones extremas; y hasta en momentos de prueba, cuando el espíritu de utopia parece esplayarse y desenvolverse sin obstáculo y el edificio social bambolea al fragoroso estallido de la revolucion triunfante, la idea nacional se conserva latente, los instintos heredados triunfan de los programas innovadores, y sucede entónces, como advertia profundamente Alejo de Tocqueville (1), que los pueblos revolucionarios *sueñan todavía á su imagen y semejanza*. Sirva de ejemplo, aunque de paso, la nacion francesa que no ha logrado romper jamás con sus hábitos de centralizacion y absolutismo; que ha visto estrellarse la corriente de su reforma política en los elementos positivos de la constitucion social, y en donde, al mismo tiempo que se derrumbaban con estruendo los baluartes del antiguo régimen, se preparaban y tejian las mallas de una organizacion administrativa por demás artificiosa que debia acabar por hacer ilusorias, ó poco ménos las ventajas del órden político inaugurado.

Pero cerrando esta digresion, no del todo inoportuna como se comprende, diremos que bajo otros varios conceptos son tambien dignas de estudio las tradiciones populares y merecen señalada consideracion de parte del historiador y del literato.

IV.

Un critico autorizado (2), bosquejando ante la Academia de la lengua la reseña necrológica del duque de Rivas y la censura literaria de sus obras, ha dicho que en el inolvidable poeta andaluz autor

(1) L' Ancien régime et la Revolution.—Al propio tiempo juzgamos dignos de consulta la Reforma social en Francia, por Le Play, y el Ensayo sobre el Gobierno de Europa, por Ambrosio Montt.

(2) El académico Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

del «Moró Expósito» los principios tomaban comunmente el carácter de sentimientos y no pocas veces el de meras sensaciones. — ¿No es verdad, Señores, que este juicio gráfico, sumamente acertado tratándose del insigne poeta español á que se refiere y áun extendido á muchos otros, puede aplicarse con más rigor, con más exactitud todavía á las entidades colectivas, á las naciones?— Sí; la experiencia de la vida enseña que los pueblos incuban sus ideas principalmente al calor de los sentimientos que hierven en su imaginación. Así el recuerdo histórico de un héroe, la memoria de un padre valiente y esforzado, el sacrificio de una madre templa más el corazón del ciudadano para la guerra que todos los discursos, las exhortaciones y las proclamas cívicas. Por esto las sociedades tienen en mayor estima los actos de los hombres que sus teorías y profesiones de fé. Por esto todas las grandes causas están necesitadas de mártires; y hasta el cristianismo, obra excelsa de Dios, no fué solamente una lección y una propaganda, sino un ejemplo práctico de amor y de ternura, un animado espectáculo; tanto, que la sublimidad de sus doctrinas halló el más adecuado coronamiento en los misterios inefables del Gólgota. Es decir, Señores, que las sociedades humanas, si por lo comun se pagan poco de las doctrinas; se rinden á la eficacia de los ejemplos y de los sacrificios, sucediendo, como decía Séneca, que en la tarea de propagar el bien

Longum iter est per præcepta:

breve et eficaz per exempla.

Hé, aquí, pues, para nosotros todo el secreto, la clave del prestigio de la historia: su filosofía no consiste en hacer desaparecer la autoridad de los hechos bajo el manto de las nebulosas abstracciones; al contrario, su enseñanza estriba precisamente en ser el gran inventario de los ejemplos y el espejo fidelísimo de los caracteres.

Ahora bien; tratándose de la opinion pública, tratándose de un país en general la historia se simboliza por *las tradiciones*. Investigar los patrios anales en el encadenamiento riguroso de las épocas y ahondar en las causas de los sucesos y las catástrofes, allá se queda para algunos hombres laboriosos é instruidos anhelantes de contribuir al lustre y esplendor de los buenos estudios; el pueblo está acostumbrado á ver su historia contorneada en *la tradicion* y expresada por medio de imágenes, y así las enseñanzas que de ella se

derivan las esculpe en el corazon de sus naturales de una manera más segura, eficaz é indeleble que si quedasen escritas en mármoles y en bronce. Poco importa que la voz de *lo tradicional* parezca debilitarse lentamente y que en ocasiones se considere casi extinguida bajo la presion de los elementos que le disputan el paso: á lo mejor renacen las tradiciones con toda la fuerza de su mágico prestigio y demuestran que bajo sus cenizas se oculta precisamente el rescoldo de la nacionalidad.

Quien dude de nuestra asercion no tiene mas que fijarse en los sentimientos unánimes que despertó la reciente guerra de Africa en un país que se suponía minado por el excepticismo, y, no saliendo de Cataluña, vea los colores de la indignacion que suben al rostro de todos los buenos catalanes cuando se recuerdan los episodios de aquella sangrienta epopeya que esmaltan páginas tan gloriosas como las del Bruch y de Gerona. En tiempos serenos y bonancibles los lazos que entre los pueblos se desarrollan dan lugar á que algunos sospechen que el fuego de la tradicion se halla extinguido; pero no es así. Cada dia se repite, por ejemplo, que desde el siglo xviii parece haber caido la sierra pirenaica y que señaladamente en esta parte del Ebro se siente directo el influjo de la Francia. Pues bien; si estuviera escrito que algun dia debiese estallar una guerra entre los dos pueblos limitrofes que llevaron ántes sus propósitos de concordia y alianza hasta sellar el célebre *Pacto de familia*, veriamos, Señores, como la opinion tomaba bien prestamente su partido y como, recobrando su imperio las viejas tradiciones, se revelaban de improviso grandes fuerzas hoy desconocidas, y, así en la ciudad como en el campo, hasta los niños y las mujeres verian cruzar por su imaginacion calenturienta las sombras de aquellos héroes que regaron con su sangre fecundísima el laurel de la independencia española.—Así ha sucedido en todos los estados que modernamente consumaron grandes esfuerzos y sacrificios para regenerarse. Las hazañas de los suliotas y Missolonghi, de Kanaris y Botzaris contra los turcos, eran para la Grecia oprimida y aherrrojada el despertamiento de las *tradiciones* de Leónidas y de Temistocles. Viniendo á más próximos sucesos, ¿sabeis por qué la independencia italiana ha sido posible á despecho de los reveses y las contrariedades?—Porque no era el grito aislado de un partido, sino la voz *tradicional* de la patria desde Dante hasta César Balbo. Hoy mismo, Señores, si por acaso la na-

cion española, entregándose á una política aventurera, pretendiese, por medio de la violencia, engarzar en su corona el florón de la monarquía portuguesa, veriais á ese país que, aunque exiguo de fuerzas, tiene dilatada y gloriosa historia; á ese pueblo que por boca de su poeta moderno, Almeida Garret, escribió como expresion de su desaliento el amargo lema de: *fomos, ja nao somos*, lanzarse á la pelea lleno de empuje y viril ardimiento pidiéndole á las *tradiciones anti-españolas* el medio de templar su corazon esforzado.

¿Y dudaremos de que tengan eficacia las tradiciones populares cuando así reentonan la potencia nacional decaida? ¿cuando enrojecen de sangre comarcas enteras y sirven de lábaro á las más generosas y levantadas empresas? ¿cuando realizan con su electrizante influjo lo que no lograrán llevar á cabo jamás todos los planes utópicos y cosmopolitas que hierven en el cerebro de los novadores?

—; Oh! No dudemos de que, bajo el influjo de las tradiciones, se educa y robustece considerablemente el carácter nacional. Y como la energía y el carácter sean la primera condicion de los pueblos libres, harto se comprende la importancia que merecen las tradiciones de un país como resorte de la política general. Segun ellas sean de favorables ó desfavorables al sistema que se quiere establecer, serán mas ó menos estimadas de los partidos y las fracciones, lo comprendemos; pero lo que no podriamos comprender jamás es, que se destruyese de una plumada toda su autoridad, y que no se contase con ellas para determinar el carácter y la fisonomía de los pueblos.

A la luz de estos principios puede juzgarse tambien de la debilidad, de la falta de fundamentos científicos que distingue á la escuela exageradamente *centralizadora*; á esa escuela administrativa que, por educación y hasta por temperamento, hace gala de mirar con desdeñosa sonrisa los elementos tradicionales de las provincias, inclusa su lengua. Sobre este punto diremos pocas palabras. Quien en el cultivo de un idioma, sea nacional ó local, considera tan sólo el problema literario, dista mucho de abrazar la cuestion en su natural y legitima complejidad. Bajo los pliegues de la bandera poética se esconden comunmente los más levantados intereses de la patria; se oculta, sobre todo, el interés supremo de la dignidad del hombre. Así lo comprende la crítica moderna representada por ilus-

trés y sábios escritores (1); así lo repiten las mismas literaturas provinciales por boca de sus inspirados poetas.

No hace mucho tiempo que, reunidos en plácida y fraternal alianza algunos de nuestros literatos con otros que ilustran la vecina Francia bajo el ciclo puro y sonrosado de la Provenza, oían, palpitantes de emoción y roja la frente de entusiasmo, la voz autorizada de Federico Mistral que, interpretando la idea, el anhelo común, les decía:

«¿Se desea saber lo que queremos?—Oídlo. Queremos que nuestros hijos, en vez de ser educados en el monospresio de nuestra lengua (lo que hace que más tarde desprecien la tierra en que han nacido) sigan hablando el idioma de la comarca en que han visto la luz, en que son hermanos, en que son fuertes, en que son libres. Queremos que nuestras hijas, en vez de ser educadas en el desden de nuestras cosas de Provenza, sigan hablando la lengua que aprendieron en la cuna, la dulce lengua de su madre y que sean sencillas en el país en que han nacido. Queremos que nuestro pueblo, en vez de vejetar en la ignorancia de su propia historia, de su pasada grandeza, de su personalidad, aprenda á conocer sus títulos de nobleza (2).»—Hasta aquí Federico Mistral.

Ahora bien, Señores; ¿qué publicista digno de este nombre mirará con indiferencia, no digo ya con sobrecejo y prevención, las patriólicas y elegantes frases del orador de Saint-Remy? ¿Quién podrá sostener seriamente que exista declarado antagonismo entre el respeto debido á las tradiciones de cada provincia y el dulce sentimiento de la libertad?

V.

Finalmente, nos toca considerar *las tradiciones* como elemento de educación moral.

A medida que se va estudiando, Señores; la atmósfera moral en que vivimos, se descubre mejor el vacío en que nos ha dejado la disolución de varios elementos que con el antiguo régimen se halla-

(1) Entre ellos citaremos á Lamartine, Carlos Nodier, Sainte-Beuve, Villemain, Pontmartin, etc. Ultimamente ha hablado en igual sentido el P. Jacinto, el orador de Ntra. Señora. Conferencia 4.ª, 22 de Diciembre de 1867.

(2) Saint-Remy de Provenza, Setiembre de 1868.

ban identificados. Bajo pretexto de favorecer la dilatacion de la personalidad—interés primordial de nuestra época y que en cierto modo es digno de loa—, se han exagerado á veces los fueros del individualismo quebrándose inconsiderablemente los lazos de la afinidad y mancomunidad sociales. De aquí que cuando el hombre, por efecto de una educacion intelectual viciosa, vé apagarse en su mente las centellas luminosas del deber, ruede precipitado por la pendiente de la duda, y, falto de todo asidero que lo contenga, acabe por hundirse lastimosamente en un abismo sin fondo y sin orilla. Los frutos de esta calamidad se tocan en todas las sociedades modernas. Ellos constituyen, si así vale decirlo, el punto negro de nuestra situacion moral y, contemplando sus efectos, el hombre pensador se siente melancólico y sobrecogido. ¿Quién no ha tenido ocasion de luchar alguna vez con los resultados funestos del individualismo?—Intimamente relacionada con él se halla la corriente filosófica moderna, hija del libre-exámen, que tiene su más genuina expresión en una célebre fórmula: el *Homo sibi Deus* de Hegel. En derecho público concuerdan con este individualismo que señalamos varios sistemas disolventes y en particular el de aquellos economistas que sólo ven en la sociedad un agregado fortuito de individuos, sin mas lazo de adherencia que el interés especial de cada uno.—En literatura las luchas borrascosas, tenaces y desesperadas entre la ambicion insaciable del hombre y lo limitado de sus fuerzas—que han representado y traducido fielmente algunos poetas desde Byron hasta Leopardi—, nos parecen expresion exacta de esta fatal tendencia individualista. Lo es tambien, aunque de distinto carácter, esa soberbia magestuosa y olimpica que simboliza el alemán Goëthe, su indiferencia ante los males y los dolores de la patria, su afan por convertirse, como observaba un crítico (1), en fanático adorador de si propio, en punto central de la creacion. En fin, si fuera nuestro propósito continuar reseñando todas las fases y manifestaciones del individualismo contemporáneo, debiéramos entrar también en el terreno del arte, ensayando con mal segura diestra un trabajo de suyo dificilísimo que verificó ya con gran copia de luces y superioridad de criterio el P. Félix bajo las bóvedas de Ntra. Sra. de Paris.

A la vista de los tristes resultados que produce el fenómeno mo-

(1) Menzel.

ral del individualismo, no es extraño que los elementos conservadores se hayan sobresaltado y que empiecen á poner por obra los medios más conducentes y oportunos al fin de batirlo en brecha y desalojarle gradualmente de las ventajosas posiciones que iba tomando.

El individualismo causa en primer término el efecto de ir secando la sávia del sentimiento, mal gravísimo á todas luces, porque las sociedades, como los individuos, necesitan algo más que doctrinas é intereses, siéndoles perfectamente aplicable la fina observacion de un publicista francés (1): « la plus grand maladie de l' ame, c' est le froid. »

Para contrarestar esta influencia maléfica, la primera necesidad es educar el espíritu del hombre en la diversidad de sus elementos; es despertar la vida moral de los corazones agostados; es cultivar con exquisita solicitud las flores de la ilusión, y trabajar porque remanezca en las almas yertas la pura lumbre de la fé. Y como para alcanzar este legitimo resultado, como para devolver á la imaginacion y á la sensibilidad la parte que les corresponde en la educacion del hombre, pocas cosas hay que con el prestigio y la eficacia de las tradiciones puedan compararse, bien hayan los pueblos que, al través de sus vicisitudes y peripecias, saben conservar floreciente la guirnalda de sus tradiciones. Por mas importancia que se dé al espíritu de nuestro siglo, este no excluye la consideracion debida á las épocas que prepararon su advenimiento. Sólo en espíritus enfermizos, sólo en entendimientos apocados puede hallar acogida la idea de que el respeto á las edades fenecidas sea obstáculo á las mejores y á las útiles reformas: las tradiciones dán energia al carácter en lo que tiene de específico y diferencial, y lo que fortalece la dignidad nunca puede ser rémora del progreso.

Inglaterra, ese prototipo de la educacion politica, es un testimonio elocuente de la manera como se armoniza el anhelo del saber y del mejoramiento con la discrecion práctica que sabe dar su justa importancia y estima á las *viejas tradiciones*. Respetándolas en lo que valen; prestando cuerpo y vida á las figuras características que en su inmensa tela se destacan; pidiéndole prestados á la investigacion histórica sus pinceles y su veladura artistica á los monumentos,

(1) Tocqueville.

Walter-Scott supo hacer de la novela el instrumento más propicio para la educación nacional, y comunicar nueva savia á lo que parecía desgastado y envejecido. Siguiendo sus huellas; Agustín y Amadeo Thierry, Barante y otros escritores llevaron á la historia el elemento pintoresco, dándole adecuadas condiciones de luz y perspectiva y convirtiéndola en uno de los estudios más interesantes, populares y luminosos entre los que componen la literatura general. A buen seguro, Señores, que si hubiese triunfado por completo, en vez de disiparse, aquel espíritu racionalista que en la pasada centuria se declaró enemigo irreconciliable de las tradiciones como de todo lo que se inspiraba en el sentimiento, no alcanzarán los estudios históricos la boga y el prestigio que han obtenido después. De tal manera se completan y armonizan las facultades del hombre que más opuestas parecen á primera vista; de tal manera la imaginación viene en auxilio de la verdad que un siglo ántes, y por efecto de combinaciones puramente fantasmagóricas, se consideraba de ella antagonista.

VI.

Si sólo nos hubiéramos propuesto hablar de las tradiciones como elemento literario y de su importancia ante la historia y la educación, podríamos dar aquí por redondeado este discurso.

Dijimos, sin embargo, que la palabra *Tradición*, abstractamente considerada, presenta un sentido especial en el terreno de la ciencia; y ofrecimos demostrar que ninguna generación es hija de sus esfuerzos aislados, sino que de unas á otras se transmiten el fuego de la vida y trabajan sin solución de continuidad en esa obra lenta y providencial de la civilización.—A vosotros, Señores, que no sois nuevos en la tarea de sondar y explorar los pliegues del corazón humano; á vosotros que habeis encanecido en el estudio, es inútil encareceros toda la trascendencia de este propósito.

No se trata, ni mucho ménos, de una simple investigación literaria: trátase de combatir en sus orígenes esa preocupacion fatal que tantas veces nos hace formar de nuestras fuerzas un concepto exagerado; que en literatura nos impulsa á desdeñar los modelos nunca superados del gusto y del bien decir; que en artes nos lleva á sacrificarlo todo en aras de una originalidad muchas veces mal entendida y controvertible; que en filosofía nos conduce á la inconsi-

derada pretension de fijar para siempre el programa de *lo verdadero* sin contar para nada con los que han de sucedernos; que en derecho nos aparta de la observacion histórica para sustituirla con una organización típica de los pueblos fundada sobre el *Ideal de la Humanidad*; que en economía se revela tratando de explicarlo todo por un móvil exclusivo de la actividad; que en política alienta aspiraciones utópicas, y crea antagonismos, y fragua revoluciones.

Pues bien; todas esas dificultades, esos obstáculos que el género humano halla en su carrera, pueden resumirse y compendiarse en una fórmula por demás sencilla; á ciertas clases sociales les falta el sentimiento de *la tradición*: en medio de sus innegables progresos olvidan que lo actual es hijo de lo pasado y que todos los pueblos, todos los hombres y todos los siglos han contribuido, de un modo directo ó indirecto, al grado de bienestar que de presente se alcanza.

¿Y qué mucho, Señores, que entre las clases inferiores ó ineducadas se difundan las preocupaciones que señalamos cuando los hombres de ciencia las fomentan? ¿cuando hay autores que niegan á la antigua Roma la mision providencial que desempeña en la historia sólo por haberse separado, con lamentable imprevision, de los buenos principios de la ciencia económica; cuando hay quien en nombre del cristianismo hace la guerra á los estudios clásicos olvidando el memorable ejemplo de san Gerónimo y de san Basilio; cuando hay quien coloca en el siglo XIII el punto máximo del espíritu católico desdeñando por inútiles, ó poco ménos los trabajos ulteriores de la ciencia; cuando hay conservadores ilustrados que motejan al siglo XVIII de enteramente infecundo para la causa de la verdad y del progreso; sobre todo, despues que por tantos años se ha sostenido la peregrina idca de que la Edad Media era un período de oscuridad, de ignorancia, de plena barbarie?

Cuando la historia, en sus diversas ramificaciones, se escribe sin los elementos auxiliares de que está necesitada, el ánimo del historiador marcha de sorpresa en sorpresa. A cada momento detiènese atónita la imaginacion y cree descubrir cosas inexperadas, revoluciones súbitas, razas y pueblos autochtones. La misma investigacion, sin embargo, corrige lo infundado de éste juicio. Un estudio más profundo va llenando las lagunas que antes se advertian; talentos investigadores descubren el gérmen de las peripecias y vicisitudes que se consideraban repentinas, y, sobre todo, un mejor análisis de

las fuerzas morales prueba que los periodos históricos se transmiten la herencia legitima del espíritu, como aquellos hombres de que hablaba Lucrecio

Et quasi cursores vitai lampada tradunt.

Las épocas se suceden, efectivamente, asimilándose lo que las edades anteriores produjeron y legando á su vez nuevos tesoros al porvenir; en una palabra, los hombres marchan aprendiendo de los padres y educando á los hijos, recibiendo de los ascendientes y trabajando para los descendientes, *siempre enseñados* y siempre *enseñadores* como dijo Ozanam.

Y ya que acabamos de escribir el nombre de este autor inolvidable, nos fijaremos, siquiera rápidamente, en la importantísima tarea que recogió durante algunos años el copioso caudal de sus conocimientos literarios, filológicos y artisticos.

Indicábamos hace poco que en otros tiempos alcanzó grandísima boga la idea de que la Edad Media constituía un periodo de bochornosa oscuridad en la historia, y que las densas nubes de la barbarie entoldaron el horizonte desde la caída del imperio de Occidente hasta el Renacimiento, cuya plausible evolución se hacia coincidir con la toma de Constantinopla por Mahometo II (29 de mayo de 1453). Notoriamente destituido de fundamentos se presentaba este juicio, como quiera que, aun siendo exacto que despues de la caída de Roma se hubiese interrumpido la continuidad histórica, nunca lo fuera que por tantos siglos se hiciese esperar la restauracion; de forma que, al ahondarse en el estudio del problema, si de pronto no fué comprendido todo el absurdo que encerraba, se advirtió que los origenes del renacimiento debian, cuando ménos, retrasarse bastante; y así del Bósforo se subió hasta Dante y los PP. Franciscanos y Dominicos, de éstos al periodo de Juan de Salisbury y Abelardo, luego á las Cruzadas, más tarde á Carlomagno y Leon III, despues á los frailes de Occidente y Monte-Casino, por fin, á Boccio, Casiodoro y el mismo advenimiento de los bárbaros del Norte.—Pacientes estudios y vigiliias, investigaciones redobladas y tenaces hechas en diversos ramos, aunque convergentes al propio fin, patentizaron de una manera irrefragable que la tradicion del espíritu humano no se quebrantó durante la Edad Media, como no se ha quebrantado nunca. Ozanam, Ampère y Montalembert en el terreno de las bellas letras; Leibnitz, Adelung, Hervás y Wjseman en el filológico; Remusat,

Broglie, Cousin y otros en el filosófico; Alejandro de Humboldt en el desarrollo de la idea cósmica, Savigny en el campo jurídico y Guizot en los orígenes políticos, representan otros tantos raudales que corren por diversos rumbos y veredas á un mismo término.

Empezando por la literatura y las artes, A. F. Ozanam demuestra en un libro precioso, cuyas enseñanzas debieran poner sobre su cabeza todos los hombres de letras (1), que la tradicion del gusto y la disciplina en la composicion se van conservando entre los pueblos desde el antiguo Oriente. Así, en el desarrollo histórico de Roma vé la síntesis, la condensacion de cuatro mil años de esfuerzos; y hasta la lengua, cuya originalidad todos reconocen, le significa las múltiples relaciones civiles y literarias de la antigua señora del Mediterráneo por sus afinidades íntimas con el griego y el sanscrito. En lo demás, Roma recibe del Oriente, por mediacion de los Etruscos, sus graves ritos y ceremonias religiosas; de la Grecia las artes plásticas y el sentimiento de lo bello por medio de las ciudades dóricas de Calabria y Sicilia, así como despues de la guerra macedónica la sávia de la filosofía se inocular en ella por el contacto de las escuelas de Atenas y Rodas. Hace observar también que la desaparicion del pãganismo fué lenta y penosa á pesar de la luz vivísima que irradió el Evangelio: la multitud, dice, se resistía á dejar desiertos los altares, y la tendencia pagana ántes de sucumbir sufrió alternativas y renacimientos varios, entre los cuales es digno de mención el que se alcanzó por los cultos extrajeros de Serapis y de Mithra. Al fin, sucumbe el cuerpo ya gangrenado del coloso y la Religion triunfante se sienta en el sòlio de los Emperadores.

Cuando los bárbaros sojuzgan la Europa occidental se abre un nuevo período: los vencidos parecen destinados á morir bajo las frámeas de los vencedores, y, sin embargo, la transicion viene en cierto modo preparada, porque desde que César condujo las huestes germánicas á los campos de Farsalia, entraron los septentrionales en el vasto imperio de Roma llenando como mercenarios las bajas del ejército, introduciéndose en el campo de la administracion y constituyendó gradualmente un elemento intermediario entre lo pasado y lo presente, entre los indígenas y los futuros invasores.

Aparte de esto, es positivo que, no bien se sintió en Europa el

(1) Dante y la filosofía católica en el siglo xiii.—Paris, 1845.

hondo estremecimiento producido por las invasiones bárbaras, uno de los vencedores, Teodorico, fué ya recibido en Italia como pacificador; que amó y veneró los restos del mundo clásico; que preparó la fusión de los pueblos germánicos, y que en cierta manera se adelantó de tres siglos á la obra restauradora de Carlomagno. Luégo el advenimiento de los lombardos parecia constituir un nuevo golpe para la combatida Italia. Y lo fué, en efecto; pero, á pesar de tales obstáculos, la civilización triunfó merced á dos elementos poderosísimos: el Papado y las milicias claustrales. Entónces surge ya una nueva literatura, elemento necesario de toda sociedad constituida, y harto sabeis, Señores, que las de la Edad Media lo quedaron sólidamente cuando Carlomagno, de hinojos ante la tumba de los apóstoles, recibió la corona de las manos de Leon III en medio de una muchedumbre regocijada y clamorosa que le ensalzaba con las voces de: «¡Victoria y salud á Carlos Augusto, coronado de Dios, grande y pacífico Emperador de los romanos!»—Después de Carlomagno disípanse las tinieblas: las lenguas neo-latinas pierden poco á poco su carácter rústico; los progresos en los diversos ramos son positivos, la continuidad de la *tradición* notoria, y punto por punto, paso á paso es fácil seguir ya el desenvolvimiento de la educación literaria.—

Resultados no ménos satisfactorios se alcanzan en el terreno filosófico. Un sábio francés, Cárlos de Rémusat, estudiando la personalidad y las obras de S. Anselmo de Canterbury y de Pedro Abelardo, ha llevado la luz del análisis hasta el corazón de la escolástica. Aquellos tratados, aquellos silogismos, aquellas disquisiciones y comentarios de los siglos XI y XII que una crítica superficial motejó de caprichosos, encerraban toda una filosofía; pero su carácter era principalmente dialéctico y la aparición de Descartes convirtióla en psicológica. Por lo demás, la *tradición* del pensamiento no se interrumpe; al través de las edades «si cambian las palabras, son idénticas las cuestiones» (1), y, salva la diferencia del palenque, es bastante análogo lo que se discute entre el indio Kanada y Manuel Kánt, entre la Academia, el Liceo y el Pórtico y los nominalistas y realistas de la Edad Media, entre la Kabbala de los judíos y el panteísmo de los alemanes modernos.

En otro sentido contribuye también la filosofía á rehabilitar la

(1) Abelardo, por Rémusat.—Paris.

tradición. Cuando la experiencia de los desengaños sufridos hizo más cautos á los hombres pensadores, y, siguiendo la derrotero trazado por el canciller de Verulamio, se formó la escuela escocesa para ser al principio modesta observadora de los fenómenos psicológicos y acabar proclamando toda una metafísica cuyo eje es la autoridad de la conciencia en la plenitud de sus manifestaciones, ganó de un golpe autoridad científica la suma de los elementos que apellidamos tradicionales (1). Y la razón es óbvia. Renunciando la filosofía al concepto *puro* de las cosas para substituirlo con el conocimiento que tiene á su alcance dada la naturaleza finita del hombre, se coloca ya en el terreno de lo relativo y condicional, porque la conciencia del individuo es á su vez relativa y educable. Así la del antiguo oriental no es la de las tribus salvajes, como la del filósofo griego no es la del bramante de Oriente. Para determinar su estado relativo en cada época, concurren, pues, influencias de distinto género: el individuo y la sociedad, lo pasado y lo presente, la sensibilidad y la razón, las aspiraciones progresivas de cada uno y aquella influencia social que Guizot apellidaba con original expresión «los derechos colectivos de la historia (2).»

Esta doctrina, modesta pero siempre progresiva, que algunos condenan como insuficiente en el estado actual de la especulación; que autores respetables tratan con desdeñosa ironía por no estar al corriente siquiera de sus más señaladas evoluciones (3); que importantes revistas literarias publicadas en la corte de España motejan de caduca falseando sus caracteres esenciales (4), está llamada á consolidarse cuando la filosofía trate de responder más directamente á su verdadero y capital objeto, y se resigne á saber *ménos* en cambio de saber *mejor*: *cognoscendo ignorari, ignorando cognosci*.—

(1) Nótese bien que al hablar de la escuela escocesa no nos referimos simplemente á la observación del fenomenismo psicológico representado por Reid, sino á la escuela en su carácter sintético y lanzándose á formular una metafísica sobre la base de la conciencia *íntegra* del hombre. Véanse los Fragmentos filosóficos de G. Hamilton, trad. de Luis Peisse. Paris, 1840.

(2) Guizot, Estudios sobre Roberto Pecl.

(3) Campoamor, en *Lo Absoluto*, pág. 178, llama á la escuela escocesa «po-bre sensualista avergonzada de serlo.»

(4) *La Revista de España juzgando la obra sobre la Libertad de pensar*, del Sr. Figueroa.—Madrid, 1868.

Para todo jurisconsulto ilustrado es manifiesta también la existencia de una *tradicion* en los estudios jurídicos. Importa poco que bajo la influencia de las teorías filosóficas varien ciertos puntos de vista y se modifiquen algunas reglas de criterio; importa poco que en determinados problemas, por ejemplo, el de la codificación aparezcan del todo antitéticas las soluciones: en la práctica, y aún en el terreno de la metafísica, como lo prueba el ejemplo de Thibaut y Savigny en 1814, las escuelas se manifiestan de acuerdo en lo sustancial de los elementos jurídicos que los pueblos atesoran, y al través de las edades vemos desenvolverse la *tradicion* del buen sentido que, sorteando los obstáculos y eludiendo las exageraciones, armoniza el individualismo con el socialismo, la autoridad con la libertad, las costumbres con las leyes escritas (1). Ni cabe afirmar tampoco que, después de periodos florecientes en que la ciencia es cultivada con fervorosa solicitud, de súbito falte la llama de la *tradicion* para guiar á los pueblos: por mucho tiempo se dijo esto del advenimiento de la edad media; pero la obra monumental de Savigny dió por el pie á una proposición tan infundada y absurda, y hoy día no existe ya jurisconsulto de nota que acoja la especie de haberse oscurecido como por ensalmo la *tradicion* jurídica de Roma hasta que se descubrieron los códigos en Italia.—

En el terreno político existe también una *tradicion*. Prescindiendo de los hechos y aleniéndonos á las doctrinas, la prueba es fácil por todo extremo. Desde los gobiernos mixtos diseñados por Aristóteles y Ciceron hasta los sistemas populares modernos, pasando por etapas tan significativas como algunos Padres de la Iglesia, la escuela católica del siglo xiii, el Derecho Natural explicado por los Doctores de Salamanca, Fenelon, Montesquieu, Locke, Bentham hasta Guizot, Gioberti, Tocqueville y otros, existe un rico inventario de estudios y lucubraciones encaminado á resolver, según las diversas condiciones de lugar y tiempo, el problema de la autoridad y la libertad sin suprimir ninguno de los dos elementos, sin sacrificar las necesidades del orden á la garantía del derecho individual. No negamos que la

(1) Laferrière, analizando el código de Napoleon, descubre en el mismo la combinación de tres elementos: la *tradicion* del antiguo derecho, el espíritu del derecho consuetudinario y la originalidad de los principios nacidos de la Revolución.

marcha progresiva de la cultura permite de cada día sistemas más acordes con la dignidad del hombre y la misión del ciudadano: declaramos, sí, que el conato de resolver el problema en la esfera del derecho no es privativo del sistema constitucional, sino que data de mucho ántes en el campo de la ciencia (1). Es posible que á varias personas de las que profesan nuestras doctrinas les parezca aventurada esta proposición: por nuestra parte, la formulamos con toda espontaneidad y no nos duele la confesión que entraña: para los espíritus bien templados es grato, en vez de ser bochornoso y humillante, hallar en las páginas de la historia hasta el abolengo de la libertad.— Esto por lo que hace referencia, Señores, á las escuelas llamadas de orden; que en cuanto al socialismo y al comunismo tienen también su tradición especial desde las repúblicas griegas como lo han demostrado en Francia L. Reybaud y Alfredo Sudre.

Un ramo existe en las ciencias morales que parecia destituido de tradiciones: aludimos á la economía política. Prescindiendo, sin embargo, de que los fenómenos y las leyes económicas son cosa muy antigua en la sociedad, varios autores modernos—entre ellos los alemanes Knies y Guillermo Roscher, el italiano Minghetti y el español Colmeiro—, han logrado demostrar, con gran copia de datos y noticias auténticas, la continuidad de una *tradición* económica y la existencia de cierto número de escritores distinguidos que, al través de las épocas, han venido planteando y resolviendo con cierta afinidad de criterio sus más capitales problemas.—

El trabajo glorioso que Ozanam llevó á cabo en la historia literaria y artística de la Edad Media, lo realizó, por diverso estilo, Alejandro de Humboldt en el *Cosmos*, obra de grandísimo aliento, original bajo todos conceptos y que en el terreno de las ciencias físicas y naturales de nuestra época representa un papel parecido al Palacio de Cristal (de Sydenham) con relación á la arquitectura. Este libro, aunque privado de aquella unción suavísima que presta á los espíritus la confianza en Dios, patentiza la continuidad no interrumpida, el engranaje de la *tradición* en el campo científico. El insigne naturalista desenrolla á los ojos atónitos del lector un panorama de más de dos mil años para explicar el ensanche que ha ido adquiriendo la idea del *cosmos* desde que se constituyeron los antiguos

(1) Paul Janet, art. «Política» del conocido Diccionario de Mauricio Block.

pueblos en la cuenca del Mediterráneo. Punto por punto se fija en los elementos generadores y las ideas auxiliares de la ciencia; explica las relaciones y armonías que entre los estudios se crean; registra la aparición de los inventos y el brote de nuevas tendencias; combina los progresos de la observación con el desarrollo de los sentimientos morales que existen en toda sociedad; señala las aplicaciones que de la verdad científica se derivan, y como la contemplación del mundo y el conocimiento del orden *cósmico* se dilatan paulatinamente ramificándose en las dos esferas terrestre y celeste. Nadie como Humboldt ha esclarecido el cuadro de la naturaleza, viniendo á parar, por rumbos distintos de los que recorría el espíritu fervoroso de Ozanam, á la significativa y trascendente conclusión de que «cada descubrimiento no es en realidad sino un paso hácia otros más elevados en el misterioso curso de las cosas (1).» Sobre todo el siglo xv y el periodo llamado del renacimiento deben al eminente naturalista laboriosas é importantísimas investigaciones, que concuerdan exactamente con el sentido de las doctrinas propagadas por Wiseman y la escuela católica de nuestros días.

Ya veis, pues, Señores, como es factible y realizable la demostración que hace poco proponíamos; y que mientras una crítica superficial y baladí compadece á nuestros antepasados por el *oscurantismo* en que vejetaban, y se entrega á ridiculos alardes de ufanía y petulancia ante la contemplación de lo que hoy nos rodea, los hombres sabios, áun perteneciendo á escuelas contrarias, admiran los pasados tiempos y rinden á la *tradiccion* científica el homenaje que legítimamente se le debe.

VII.

Varias veces al contemplar los desvariados intentos de ciertos novadores que aspiran á removerlo todo y que, llevados de su propósito, no retroceden siquiera ante los mismos instintos del linaje humano; presenciando los estragos de una filosofía arrogante y vanagloriosa que menosprecia la marcha histórica de la sociedad para buscar *á priori* el ideal de la razón, nos hemos preguntado tristemente: ¿cuál es el porvenir de las ciencias morales? ¿Están conde-

(1) *Cosmos*, tomo 2.º, pág. 431 de la traducción española.

nadas, por su desgracia, á tejer y destejer perpétuamente, á edificar siempre en el vacío, á poner cada día en tela de juicio los mismos problemas y las mismas averiguaciones? ¿No ha de llegar la hora en que la gran familia humana tenga confianza en sí misma y reciba sin prevención de ninguna clase la herencia perdurable del buen sentido que los hermanos mayores le transmiten *por conducto* de la historia? — A tales preguntas confesamos que no nos ha sido posible contestar de una manera satisfactoria.

Es cierto que en las esferas superiores del mundo intelectual hoy por hoy la tradición parece rehabilitada; pero ¿sucede lo mismo en el campo de la opinión pública? — Desgraciadamente nó. — La masa general del pueblo desconfía de todos los que no le prometen innovaciones radicales; y débese esto, por una parte, á la escasa instrucción que recibió, y, por otra, á los infinitos abusos, á la gran suma de corruptelas y supercherías que ha visto legitimarse y perpetuarse en nombre de la tradición y de los intereses históricos. Bien podemos asegurarlo así los españoles que, sin peinar canas todavía, hemos alcanzado el periodo reformista y centralizador que se inauguró en 1845. Resultado de tales abusos y sofisticaciones ha sido el desvío de la opinión pública; tanto, que para infundir aliento á las clases medias, para conmover las fibras populares, la primera condición ha sido siempre pregonar á campana tañida el advenimiento de una nueva era: los partidos y las escuelas debieron pedirle á la novedad lo que no se prometían de la eficacia intrínseca de las ideas y las convicciones, y la juventud, en vez de ser respetuosa y deferente con los que le precedieron, anuncióse siempre en son de regeneradora. ¡Ay de las agrupaciones, ay de la juventud si en vez de hablar el lenguaje de la pasión y el *dulcamarismo* le hubiesen dicho al país: venimos á continuar la obra modesta de nuestros padres, y, sin prometernos resultados fabulosos, tenemos confianza en que, trabajando todos de concierto en aras de un fin común, lograremos conjurar la rugiente tempestad que se cierne sobre nuestras cabezas, podremos introducir grandes mejoras y levantar el nivel de la ilustración y del bienestar, establecer positivos adelantos, y llevar á buen término muchas cosas que ayer no eran posibles!

Y, sin embargo, Señores, este es el verdadero sistema que hace la felicidad de los estados. Platon, desterrando de su república á los poetas y Napolcon I motejando de ineptos á los *ideólogos*, han veni-

do á resolver indirectamente y por eliminacion lo que es un hombre de gobierno. Ni los utopistas, ni las Casándras plañideras prestan servicios en este terreno: el hombre de Estado es el que sabe leer en la conciencia popular el conjunto de las aspiraciones y las necesidades concretas de una sociedad en cada periodo determinado, y, adivinando el pensamiento comun al través de la inextricable maleza de las pasiones y de las ideas en apariencia discordantes, reúne condiciones de serenidad, lucidez y energia suficientes para llevarlo adelante venciendo los obstáculos y domeñando las resistencias. En el fondo, el estadista, más que el árbitro, es el órgano, el intérprete fiel de su tiempo; pero su personalidad parecé dominarlo y absorberlo todo, á la manera de aquel ángel misterioso que describia Chateaubriand que, sin poderse llamar creador de ninguno de los elementos naturales, sembraba la unidad en medio de la variedad y hacia brotar el orden del seno de la confusion. Por cuyo motivo, Señores, no es de extrañar ni se ha extrañado nunca que escaseen tanto los repúblicos eminentes, hombres de accion y carácter más versados que en lides académicas en el conocimiento práctico del mundo y del corazon humano; sucediendo, como decia Tito Livio, que la tarea de regir á los hombres es más difícil que la de vencerlos y dominarlos, ó como escribia un Padre de la Iglesia (1), que ella constituye á todas luces la más digna y preciosa de las artes y las ciencias, *et mihi videtur arts artium et stientia stientiarum hominen regere, animal tam varium et multiplex.*

Anteriormente indicamos, y es la verdad, que al escaso aprecio en que es tenida por muchos la *tradicion* política, contribuyen, y no poco, los falsos juicios, las exageraciones que campan y pelean á su sombra. Existe una escuela—no hay para que nombrarla—que, en su deseo de combatir el espíritu moderno que mira recelosa, acude por sistema al arsenal de la historia, olvidando generalmente que es un contrasentido hacer de lo pasado un arma de guerra *habitual* contra lo presente, mientras no se pruebe en buena lógica la armonía, la identidad de los dos elementos que entran en la comparacion.

Nos explicaremos. Para que un argumento, para que una razon histórica sea atendible en un momento dado, es necesario que en ella concurren dos circunstancias: primera, que esté *bien construi-*

(1) San Gregorio Nazianzeno.

da, es decir, que sea regular y ordenada en el terreno de la dialéctica; y segunda, que *siendo armónicas*, ó cuando ménos no del todo incongruentes las circunstancias que se comparan, pueda aplicarse de buena fé la razon histórica. De otra manera el argumento se vuelve contraproducente; porque *si á igualdad ó similitud de circunstancias corresponde igualdad ó similitud de soluciones, distintas circunstancias exigen tambien correlativamente soluciones diferentes*. ¡Cuántos extravíos, qué de dificultades se han originado por olvidarse esta regla sencilla de criterio! A semejante olvido se debe en gran parte la hostilidad que muchos establecen entre la filosofia y la historia, cuando, estudiada la cuestion á cierta profundidad, es decir, colocado cada uno de los dos elementos en su terreno propio, desaparece la antítesis y el antagonismo se convierte en armonía. Con razon lo ha observado Thiercelin, distinguido y jurisconsulto de la vecina Francia: «En el fondo son idénticas, enteramente idénticas, la razon histórica y la razon filosófica (1).» ¿Y sabeis por qué? —Porque como la filosofia no responde á su verdadero objeto sino cuando estudia al hombre tal *como es* modificado por las influencias relativas de lugar y tiempo, y, por otra parte, la historia no juzga á los hombres y á las épocas por sus meros instintos y realizando leyes fatales, sino *bajo el punto de vista moral* y encaminándose siempre á la prosecucion del ideal cristiano, *la historia es un elemento necesario de la filosofia como la filosofia lo es de la historia*. Combinadas y enlazadas dán base sólida, cimiento firmísimo á las ciencias morales; desunidas, hostilizándose sin tregua ni descanso, ya lo habeis visto, abren insondables abismos á los piés del hombre pensador y ofuscan los resplandores de la verdad con la humareda del excepticismo y de las preocupaciones (2).

Y esto que acontece en los dominios de la filosofia, se observa tambien en el campo político. Abrigar el sentimiento de *la tradicion*

(1) De l'avenir du droit en France.

(2) Laferrière, en su Ensayo sobre la historia del derecho francés, despues de contraponer la solidez de las reformas jurídicas llevadas á cabo en el código de 1804 á la inestabilidad que se observa en las políticas, hace notar que lo primero era el producto del tiempo y de las costumbres; es decir, el fruto de la escuela histórica y racional de Montesquieu y de Portalis, no de la escuela de J. J. Rousseau y de Condorcet *como el derecho político*.

Véase el tomo 2.º de su obra, pág. 391. 2.ª edicion, 1869.

no es dejarse seducir por aspiraciones retrógradas, ni ser enemigo de la sociedad moderna. Al contrario: es estudiar las necesidades de los pueblos en la diversidad de los elementos y resortes que constituyen su espontaneidad, colocando sus costumbres y sus hábitos al lado de su ideal científico, sus sentimientos religiosos y monárquicos á la par de sus aspiraciones y sus ideas liberales y progresivas. Porque sólo en esta armonía, en esta concordia profunda entre los variados resortes del organismo social, se halla el secreto de la paz, la salvaguardia del orden, el legítimo *puerto de náufragas naciones*.

De esta suerte lo hemos comprendido siempre y en tal sentido encarecemos y ponderamos las excelencias de la *tradición* (1). Indicando la conveniencia de que un pueblo estudie su pasado, llevamos puesta la mira en que llegue á conocerse á sí mismo por medio de sus propios actos; jamás hemos pensado en robustecer el coro de los *laudatores temporis acti*, ni en proponer á nuestros contemporáneos como modelo, como paradigma una civilización pretérita siempre más defectuosa é imperfecta que la por ellos alcanzada. Cuando la filosofía griega escribió el sábio lema de: «conócete á ti mismo» en el frontispicio del templo de Délfos, no quiso prescribirle al hombre que se encerrara indclinablemente en la repetición de los mismos actos, nó; en la vida del individuo no hay dos períodos iguales, y por lo tanto la idea del oráculo era distinta. «Conócete á ti mismo» vale tanto como decir: mide y consulta la extensión de tus fuerzas; estudia tus debilidades y pasiones para reprimirlas y moderarlas; no te dejes hechizar por las sugerencias del orgullo y de la vanidad; aprende incesantemente en la observación y en la experiencia de tu propia naturaleza.

Hé aquí, por analogía, la manera como la historia ilustra á los

(1) No creemos haber sido los primeros en introducir esta diferencia. Sin salir de nuestra patria, recordamos que D. M. Milá, en un discurso notable—Inauguración del año académico de 1865 á 66 en la universidad de Barcelona—, encarecía á la juventud catalana que «aprendiese á estimar el nombre español por lo que ha valido y puede valer;» añadiendo que, *sin proponerse por norma los desaciertos* (de lo pasado), *en medio de nuevas circunstancias históricas y con otras aspiraciones políticas*, conservara incólumes los principios de fe única, de honor y de lealtad de que se gloriaron nuestros mayores.—Escritas en idéntico sentido conocemos también importantes páginas de escritores castellanos, y entre ellas algunas del malogrado publicista D. Nicomedes Pastor Díaz.

pueblos: dándoles medio de conocerse y estudiarse á si mismos *en la realidad de sus fuerzas positivas*. Por lo demás, el hombre progresa continua é incesantemente acá en la tierra, aunque sin rebasar el límite de su naturaleza finita. Así, los que encuentran en lo pasado el *ideal* de sus aspiraciones; los que colocan, por ejemplo, en el siglo XIII el punto máximo de la civilización católica, distan mucho de abrazar el problema de la vida social en toda la latitud y variedad de sus manifestaciones. Nada más fácil que justificarlo estudiando los elementos morales y materiales de la época que quiera elegirse como prototipo. De buen grado emprenderíamos este trabajo analítico con respecto al siglo XIII, si no nos arredrase el temor de alargar inconsideradamente esta Memoria; pero, aun así, no podemos ménos de indicar—siguiendo las huellas de Alberto de Broglie y otros escritores—que los panegiristas del siglo décimo tercero lo juzgan por un dato aislado y esclusivo: tal es el programa de los estudios científicos de Santo Tomás y de San Buenaventura poetizado por el Dante. Mas, aun colocada en este terreno la cuestión y prescindiendo de que la ciencia de unos pocos escogidos no siempre traduce fielmente el nivel intelectual y moral de un país, ¿puede darse como cierto que la ciencia se haya desviado en lo fundamental del derrotero que le trazaron Santo Tomás y San Buenaventura?—Lo negamos rotundamente; y, fuertes con la autoridad de los más respetables escritores y apolo-géticos, sostenemos: 1.º Que la *tradiccion* católica no se ha interrumpido jamás en el mundo desde el siglo XIII, enriqueciéndose, por el contrario, con el transcurso de los tiempos, y 2.º Que las costumbres han mejorado paulatinamente, poniéndose mas en armonía con los móviles y principios morales que son el eje de la tradicion á que nos referimos.—Estos resultados, de puro patentes, los reconoce el mismo escritor A. F. Ozanam (1), y no es él, sino sus discipulos, los que han inventado ciertas proposiciones categóricas que la ignorancia ó la osadía atribuyen al maestro. El malogrado escritor nunca creyó que la obra de la Providencia mereciese ser corregida; jamás

(1) Para saber como apreciaba Ozanam el conjunto de los trabajos científicos del siglo XIII, basta fijarse en la pág. 38 de su obra intitulada «Dante y la filosofía católica en el siglo XIII». Sobre las costumbres y estado moral de dicha época recomendamos la lectura de un artículo publicado en la Revista general de Bruselas—agosto de 1868—bajo el título de: «Le bon vieux temps et notre siècle».

empleó el estudio de la historia como medio de avivar la hoguera devorante de nuestras discordias. Él que era un ejemplarísimo modelo de bondad y de ternura, ¿cómo hubiera negado los caracteres laudables de su siglo, condenando el uso por los abusos y proponiéndose quemar las mieses para poder extirpar la zizaña? ¡Oh! Nó; para todo esto le sobaban cordura, discrecion y lucidez. Para ello conocia demasiado esos mismos autores del siglo XIII que se señalan como las pirámides inmobiles de la ciencia, y en particular el ilustre poeta de la Divina Comedia que; en el seno de aquella sociedad *aspra e dura*, se sentia á veces iluminado por el presentimiento de futuros adelantos y escribia en su Infierno con profética intuicion:

E gia la luna e sotto nostri piedi;
 lo tempo e poco omai che n'è concesso
 e altro o da veder che tu non credi (1).—

VIII.

En circunstancias criticas y solemnes, en periodos calamitosos cuando las pasiones se desencadenan y rugen con feroz bravura, por ejemplo, durante los sacudimientos de 1789 y 1848 en Francia, era difícil que, al plantearse las grandes reformas, se contase con la justa influencia de la tradicion. Por el contrario, el grito de guerra atronador é irresistible solia ser entonces la ruptura completa con lo existente, y los esfuerzos de la reflexion se perdian en el tumulto como la voz lastimera del náufrago en las soledades del Océano.

Y nada más natural y lógico, Señores: movimientos que el encorno fragua y realiza, explosiones violentas de la ira popular reconcentrada—legitimas ó ilegítimas en el fondo—, es difícil que se mantengan encerradas en el cauce de lo conveniente y racional. Pero los días agitados y tumultuosos transcurren, serénase el horizonte y reaparecen poco á poco los caracteres nacionales que la preocupacion juzgaba perdidos. Mas dirémos: aun al través de los huracanes revolucionarios el ojo ejercitado del publicista distingue la fisonomía propia del país que se recata á la consideracion de los profanos, bien así como en ciertos rios caudalosos el légamo y las escorias que sobrenadan en la superficie impiden que se descubra el fondo donde entre

(1) Infierno, 29, l. 4.

guijas y menudas arenas corre lo más terso y cristalino del raudal.

Como quiera, los períodos llamados revolucionarios son de suyo pasajeros, y á la larga solo se afianza y fortalece lo que concuerda en justa proporción con la fisonomía propia, el carácter y el espíritu de los países. Es indiferente que en sus orígenes ciertas instituciones parezcan importadas: aun las más forasteras se visten á la usanza del país que las prohija. Y cuenta que si ellas logran arraigarse, no habrán sido, nó, una reciente improvisación: para afianzarse es condición indispensable que tengan su raíz en la espontaneidad social, y lo que es espontáneo en un pueblo por fuerza debe tener precedentes y venir anunciado ya de un modo directo ó indirecto, continuo ó intermitente.

Estas doctrinas, que á la hora presente deben considerarse trivialísimas, hubieran pasado por peregrinas y exóticas hace pocos lustros. Hoy declaran aceptarlas, sino en toda su extensión, como temperamento, como fuerza moderadora de la sociedad, las mismas escuelas radicales.

Recordamos que al ingresar en la Academia Española un escritor demócrata de aventajado talento, D. Rafael María Baralt (1), para reemplazar al egrégio marqués de Valdegamas que en el campo de otras tendencias políticas habia recogido pingüe cosecha de flores y laureles, emprendía el análisis de las obras del celebrado marqués sujetándole á la doble piedra de toque de la ciencia y de las tradiciones propias y peculiares de su nación. Es de ver allí como la historia adquiere riguroso y perfecto sentido en manos de un publicista innovador, ostentándose, al través de la gallardía de la frase y los delicados primores de una dicción pocas veces superada, certeros juicios, miras levantadas y apreciaciones que deseáramos ver esculpidas con caractéres de oro para enseñanza de nuestros contemporáneos. Sobre la manera como se enlazan y adunan el espíritu cosmopolita de las sociedades modernas y el sentimiento nacional de cada pueblo, leemos en aquel excelente discurso:

—«Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicación á la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver consiste en apropiarse la civilización universal sin salir de su propio carácter y límites morales: más

(1) En 1853.

«claro, en ser cósmopolita sin dejar de ser indígena y patriota. Una
 «lengua artificial aplicada á la literatura de todos los pueblos, es, en
 «efecto, una ilusion tan absurda y desvariada como la de una poesia
 «general de convencion. Poesia y lengua de tal especie contrarian
 «la eterna ley que, sin menoscabo de la unidad del género humano,
 «une con lazo indisoluble los idiomas y las razas á los climas y á la
 «configuracion de los lugares; ni, á ser posibles, darian otro resul-
 «tado que el de destruir por siempre la energia intelectual de la na-
 «cion. De aqui la necesidad de contar con lo pasado para las reformas
 «de lo presente; porque en politica como en religion, en religion
 «como en costumbres, en costumbres como en artes y en literatura,
 «la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natu-
 «ral fisonomia, renuncia á su carácter, se priva de la más sólida ga-
 «rantia de independencia y dificulta todo progreso fecundo y estable
 «en la carrera de su civilizacion y vida natural. Familia sin memo-
 «rias ni recuerdos borra sus fastos, mancilla sus blasones y se entre-
 «ga sin prevision ni recaudo á las azarosas experiencias de lo desco-
 «nocido y contingente. La tradicion, por el contrario, es nervio al
 «par que nobleza de las naciones; porque, al modo que una fortaleza
 «murada y guarnecida, mantiene el órden interior, conserva el legi-
 «timo dominio é impide que poderes extraños, violentos é invasores
 «penetren de sobresalto y mano poderosa en el pais.»—

Harto comprendéis, Señores, que la tradicion por el Sr. Baralt
 recomendada no es la restauracion de lo que por sí mismo sucumbe
 y perece, sino *la tradicion viva* de lo que las sociedades fueron
 y son; por manera que, apoyándose en esta idea, escribe que «lo
 «pasado es la semilla; no el fruto del árbol de la ciencia;» y que «co-
 «mo hasta ahora ninguna generacion ha poseido la verdad, el traba-
 «jo del hombre es inquirirla con el sudor de su frente y bajo la di-
 «reccion de la Providencia en el transcurso de los siglos.» Por donde
 nuestro malogrado publicista concluye declarándose partidario de
 «la tradicion que nada legitimo excluye; de la tradicion liberal y ge-
 «nerosa que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta;
 «de la tradicion que liga con cadenas de oro y flores lo pasado á lo
 «presente y lo presente al porvenir.»—Hasta aquí el Sr. Baralt (1).

(1) A esta autoridad hemos de agregar otra nada sospechosa, la de don
 Salustiano de Olózaga. Decia este orador al tomar posesion de su plaza en la

En nombre, pues, de estos sanos y liberales principios nosotros reivindicamos la importancia de la tradicion española en el terreno literario, artístico, filosófico y social. Si se quiere que nuestra literatura salga del decaimiento á que se encuentra abocada, es preciso que se temple en las fuentes purísimas del sentimiento nacional. El ateísmo, la indiferencia religiosa, la falta de respeto á la familia y á los vinculos sociales, la escuela fisiológica y realista que todo lo emponzoña con su ambiente letal y deja al sér humano en la horrible alternativa de *satisfacer sus deseos á toda costa ó suicidarse* (1), no pueden ser la Musa inspiradora de un pueblo que derramó su sangre por la fé en una guerra de ocho siglos. Si en filosofia se desea edificar algo sólido, es preciso reconciliarse con el sentido comun, y abandonar esos arreos postizos, esas vestiduras importadas que el instinto nacional rechaza. Por los frutos que han dado en Francia las doctrinas hegelianas, puede colegirse el exíguo desarrollo que tendrán en nuestra patria (2). En fin, si en todas las esferas de la actividad y en los diversos órdenes de estudios se desean saludables reformas, inténtense en buen hora y llévense sin duelo á realizacion cumplida; pero sea siempre tomando por base los elementos positivos de nuestra personalidad moral, sea siempre concediendo su justa importancia á la ley de la historia.

Además, si los propósitos de excentralizacion administrativa que tanto se difunden en los dias que alcanzamos deben llegar á ser una verdad en España, cuéntese como es justo con las literaturas provinciales, miradas con inexplicable prevencion hasta la hora presente. Reivindicar la espontaneidad legal de las provincias y comarcas y hostilizar luego el cultivo de lo mas íntimo y propio que tiene un pueblo, su lengua, es una contradiccion inexplicable. Preséntala, sin embargo, y con harta frecuencia nuestra malhadada nacion donde son

Academia de la Historia: «El gran problema que tiene que resolver la España de este siglo, es ver como puede participar de todos los progresos de la civilizacion sin que pierda ni uno solo de los grandes elementos que constituyen su antigua y robusta organizacion social, sin que degenera de aquel carácter noble, franco y generoso que ha sido en todos tiempos el distintivo de los españoles.—1858.

(1) Lista.

(2) Emilio Saisset, *Leibnitz y la filosofia alemana*.—*Revue des deux Mondes*, Diciembre de 1860.

muchas, muchísimas las personas de ideas muy radicales que, tratándose de la lengua catalana, vuelven la espalda á sus principios y suelen hacer causa comun con la centralizacion más quisquillosa é intransigente. Algunas veces analizando este hecho singular hemos creído descubrir sus causas. Los adversarios de las literaturas provinciales comienzan negando su vitalidad positiva, y toman sus esfuerzos *de hoy* como simples conatos de restauracion artificiosa. Y en tal hipótesis, bajo este punto de vista, bien puede asegurarse que tienen ganado el litigio. Pero, ¿es esto verdad, Señores? ¿Habrà quien formalmente sostenga entre nosotros que el cultivo de las literaturas provinciales representa una *restauracion* y que como tal es acogida y festejada por el pueblo?—Nosotros opinamos precisamente todo lo contrario; y partiendo de igual supuesto, es decir, de que *las restauraciones nada significan*, juzgamos que la literatura catalana se conserva hoy, no en calidad de antigua y restaurada, sino como presente, como viva y muy viva, como *identificada todavía* con la atmósfera moral de la comarca en que vivimos. Y para hacer tangible, para dar carácter plástico á nuestra proposicion, citaremos un ejemplo literario, una institucion popular que tiene en Cataluña gran número de amadores y entusiastas: los Juegos florales.

Preguntad por ella á sus adversarios y todos á una dirán que nació muerta; que es una simple reminiscencia histórica; que representa un verdadero anacronismo. A nuestro juicio, sin embargo, el razonamiento es falso á todas luces, y su falsedad estriba en la inexactitud de los *hechos* que como positivos se afirman. Dejando aparte leves accidentes de pura fórmula que acompañan á la celebracion de estos certámenes poéticos y que distan mucho de ser en ellos *la esencia*, la institucion tiene vida actual en nuestras comarcas; y tanta, que bajo este concepto pocas pueden con ella compararse. Que la lengua no es un anacronismo, lo prueban dos consideraciones irrecusables: primera, que es el medio habitual de expresion de los *mismos catalanes* que la condenan; y segunda, que como instrumento literario se presta flexiblemente á recorrer toda la escala de los afectos, segun se ha visto prácticamente. Además, los poetas que á tales certámenes concurren no son imitadores académicos, sino que dan culto al sentimiento estético en la forma que les es más propia y espontánea. Por último, el público que en Cataluña, como en casi toda España—¿por qué ocultarlo?—es indiferente á las

letras, acudé desalado á tales fiestas y baté palmas de alborozo al presenciárlas y se entusiasma al oír el nombre de los afortunados vates que luchan en su polvorienta arena y saben por una, dos y tres veces ceñir el lauro del vencimiento.

Ahora bién, Señores; á un pùeblo que de tal suerte reivindica el cultivo literario de su lengua histórica; que precisamente festeja y ensalza á los nuyos trovadores porque entiende sus cantos, y que en otro terreno hasta protege la *fundacion* de un teatro, empresa verdaderamente imposible para toda literatura de convencion, ¿le direis que tales movimientos son artificiales y que pugna por restaurar lo que *no existe*?—Precisamente porque *existe* es que tiene poetas y tiene medios propios de expresion, y público, y entusiasmados partidarios, y hasta enemigos. ¡Ah! Si fuese cierto lo que tanto se ha repetido áun en el seno de la institución; si Cataluña se hallase castellanizada, ó poco ménos, cuando se pensó en reñovar la fiesta de los Juegos florales, las voces del Consistorio, con ser tan elocuentes, se perdieran en el vacío: ni siquiera habria habido en nuestras comarcas quien arrostrase nunca la impopularidad de excogitar medios prácticos para que renaciesen frondosos los lauros de la literatura catalana. Nó; la verdad es todo lo contrario de lo que se supone y afirma; Cataluña pertenece á las provincias, ó grupos de España donde, á despecho de las contrariedades, más vivo se conserva el sentimiento de la *tradicion*: bajo el antifaz de nuestras costumbres á *la francesa* se oculta la realidad de un organismo propio, de una musculatura enérgica, y ya en otro discurso demostramos las relaciones íntimas, la misteriosa concordancia que se revela entre el carácter, el espíritu literario y el sentido científico del pueblo catalan (1).

IX.

Desde que se inventó la imprenta al promediar el siglo xv, el movimiento intelectual es sumamente rápido en los pùeblos, y las ideas, empujadas por ellas mismas, pasan y se suceden como una ola sigue á otra ola hiriendo eléctricamente la imaginacion de las muchedumbres. Ante esta consideracion se despierta una duda:

(1) Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana. Memoria leída por el autor en la misma Academia de Buenas Letras. Abril de 1863.

¿será estable, será duradero el pacto de alianza que parecen haber firmado la razón y la experiencia? En otros términos, el movimiento convergente que hemos advertido en los estudios sociales, ¿es una tendencia efímera, ó constituye una evolución trascendental en la ciencia?—Para desvanecer esta duda reflexionemos un poco ahondando en el conjunto de las condiciones morales que nos rodean. Desde la invención de la imprenta, decíamos, se ha acrecentado de una manera prodigiosa la corriente intelectual, el depósito de las doctrinas puestas en circulación. Las ideas tienden á realizarse en la esfera práctica, y hasta las utopías se convierten á la postre en amenaza para los gobiernos.

En tal estado, y suponiendo que las sociedades no se hallen condenadas á vivir en perpétua oscilación y desequilibrio, es necesario un contrapeso eficaz en la órbita de los intereses morales. El recuerdo de lo que ha sido, la conciencia que un pueblo llega á tener de sus elementos indígenas, el conocimiento de sí mismo: hé aquí los únicos medios capaces de producir resultado suficiente en la época que alcanzamos. En vano el espíritu de partido y la pasión exacerbada le pedirán á la violencia la realización del anhelado equilibrio: si el mal es moral, ¿cómo ha de ser curado con recursos puramente materiales?

Todo, pues, induce á sospechar que en lo venidero la evolución á que nos referimos será fecunda, y que el sentimiento de la *tradiccion*, propagado y fortalecido convenientemente, obrará en las sociedades con la eficacia de un alto interés conservador. De otra manera quedarían vulneradas todas las leyes de la verosimilitud, perdiendo su significación propia y natural los innumerables síntomas que se descubren alrededor y que, en nuestro concepto, distan mucho de ser casuales y fortuitos. La razón es sencilla. Si la barca poco há zozobrando de la tradición estuviese destinada á perecer y sucumbir al récío influjo de las tempestades, no permitiría Dios que todavía fuesen en tanto número los que se consagran afanosamente á descifrar sus enigmas y á profundizar sus arcanos. No serían tantos los amigos fervientes de la tradición poética, artística y científica; los que siguen tan ahincadamente sus huellas; los que no pueden ver con enjutos ojos como sucumben ciertos monumentos artísticos bajo la piqueta del vandalismo popular; los que desentierran todavía las páginas de la historia para hallar en ellas el reflejo del pensa-

miento nacional. Y así como nadie puede sospechar que de súbito se pierda la afición á viajar y que desaparezca toda relacion entre las comarcas en la época de los telégrafos y los ferro-carriles, no contamos nosotros que la tradicion deba naufragar precisamente cuando las ciencias morales *se regeneran* acercándose á las fuentes de la vida histórica (1), y cuando el ardor creciente de la investigacion labra en centenares de corazones bien nacidos y conduce á los hombres estudiosos de uno y otro hemisferio á sentar su planta en regiones hasta ahora inexploradas.

A nuestro juicio, pues, la influencia de la tradicion será decisiva; y, combinada con los elementos naturales de progreso—que ninguna sociedad dejó de abrigar, pero que las modernas revelan más descubiertamente por efecto de la misma organizacion que alcanzan—, se producirá el equilibrio que deseamos y que es la condicion indeclinable del orden social.

Al través de las dificultades, embarazos y peligros que hoy nos cercan, nosotros abrigamos esa esperanza optimista y que condensamos en la siguiente fórmula:—llegará un dia—no está lejano por ventura—en que amalgamados estos dos elementos ántes contradictorios, el amor á las mejoras sociales y el respeto á la tradicion, no se comprenderá siquiera el sentido y el alcance de esas desastrosas contiendas morales que tan divididos nos trajeron y que muchas, muchas veces han ensangrentado el suelo de Europa desde el siglo XVIII.

X.

Mientras llega la hora de cumplirse ese risueño vaticinio, pesa, Señores, sobre todos nosotros un deber ineludible, y es, el de rehabilitar en lo que quepa el sentimiento de *la tradicion*. Cada uno en su esfera, el literato, el artista, el jurisconsulto, el hombre público, el padre en el seno de la familia, todos están en el caso de franquearle el camino, depurando el sentido de la palabra y llevando á la conciencia pública el principio de que las generaciones se suceden y

(1) Así lo reconocen los autores mas competentes, y entre ellos el publicista italiano Marco Minghetti que, en una de sus obras, dice: «L' età presente può darsi il vanto di avere imparato a conoscere e giudicar degnamente il passato.»

sus esfuerzos se eslabonan sin solución de continuidad. Sepan, como decía brillantemente Federico Ozanam, «que no parece todo cuando las mismas instituciones caducas se desploman; que hay algo de protector hasta en las ruinas, y que cuando de las mismas no quedase otra cosa que la sombra que proyectan, esta sombra nos prestaría un beneficio cubriendo y resguardando lo que está por nacer (1).»

Pero si somos amigos fervientes de la tradición, procuremos no violentarla ni confundirla jamás con otros descos reprehensibles, sino bastardos, que á la sombra de la historia se cobijan. Quien profese las ideas de Donoso Cortés y de Bonald y tenga por una calamidad de nuestra época la secularización paulatina que se advierte en el estadio de la literatura y las ciencias, defiéndalo abiertamente y no falsee la historia atribuyendo al siglo XIII un grado de cultura intelectual, un sentido científico nunca más alcanzado, una plenitud de virtudes cristianas que la realidad no justifica. Quien ame arduosamente el dogma cristiano y crea que la fe y el entusiasmo son la primera condición del progreso, no confunda lastimosamente las ideas, sindicando á nuestra sociedad porque pretende pasar plaza de racional y reflexiva, y aborrece justamente «todos los fanatismos (2)». Quien se duela de no ver á la honradez y á la moralidad sentadas en el s6lio de los pueblos y dirigiendo los resortes de su política interior y exterior, aprenda en las enseñanzas luminosas de la historia, y no tenga por especial y exclusiva de nuestro tiempo la funesta teoría de «los hechos consumados». Quien profese, como nosotros, la creencia de que, sin el pedestal firmísimo de la Religión, son deleznales las mejoras é ineficaces los adelantos, no incurra en el vulgar sofisma de considerar infructuoso *para el bien* todo el movimiento doctrinal del siglo XVIII tachado generalmente de poco religioso. Los arcanos de Dios son inescrutables, y revela escasa cordura entregarse á ideas absolutas queriendo mutilar de una pluma la obra sublime de la Providencia.

Finalmente, quien sea partidario de la tradición, acéptela en su plenitud y en la integridad de sus enseñanzas y manifestaciones.

(1) Fragmento citado por J. J. Ampère.

(2) Poesía de D. Gabriel García y Tassara dedicada á la memoria de don Manuel J. Quintana. «Revista de España, 1868.»

Por el mismo canal que ha llegado hasta nosotros la excelencia de varias instituciones históricas, llega también la memoria de ciertos extravíos, de ciertos abusos cometidos bajo su amparo y que el Cielo castigó algunas veces con ruidosas expiaciones. Sería evidente desacuerdo respetar á medias la autoridad de la experiencia, empleándola sólo para enaltecer y glorificar lo que con nuestras opiniones de hoy se complace y acomoda.

En una palabra, así en el terreno científico como en el de la vida real procurémos atenernos á una piedra de toque exquisita, el *sentido comun*. Las exageraciones, de cualquier linaje que sean, acusan una educación torcida ó incompleta; así esos Ingenieros puramente matemáticos que, armados del escoplo y del zapapico, lo sacrificarían todo al deseo de trazar una línea recta derribando sin escrúpulo monumentos seculares y ciclópeos honor de la patria, se hallan, en nuestro concepto, tan apartados del sentido comun, como los fanáticos entusiastas del *tradicionalismo* que nada ven más allá de sus particulares ilusiones de arqueólogo, y que privarían gustosos á comarcas enteras de todo el conjunto de ventajas que la civilización moderna les promete á trueque de conservarles un sello más primitivo, y de no profanar con ostentosas é inoportunas galas la veste purísima en que las envuelven sus tradiciones de inocencia.

Vamos á concluir, Señores, y lo haremos formulando en breves frases la síntesis de todo nuestro discurso.

Las tradiciones populares, aunque no expresen fidelísimamente la verdad de los hechos, son un precioso elemento para la interpretación histórica, pues revelan al desnudo las creencias, los sentimientos morales, las costumbres, los temores, las preocupaciones, el ideal poético y artístico, es decir, todos los resortes internos de la sociedad á que se refieren.

Los pueblos que aman y respetan la historia hallan en su propio carácter, en su espontaneidad la manera de realizar todos los progresos legítimos. Allí son raros los estremecimientos y los disturbios; allí las necesidades y las aspiraciones, los juicios y las creencias viven en estrechísima consonancia; la opinión impone sus oráculos de una manera irresistible, y los hombres de Estado conocen el pensamiento, la voluntad del país, porque al través de la lucha y del remolino científico la idea nacional sofoca con sus fulgores la luz quebrada y remisa de pretensiones exóticas, de teorías importadas.

Por último, sólo una educación mezquina ó incompleta puede abrigar la esperanza de que las generaciones progresen rompiendo de todo en todo con *la tradicional*. En literatura, en artes, en filosofía, en derecho, en ciencias naturales, en todas las manifestaciones de la actividad hay un engranaje perfecto entre los antecedentes y las consecuencias; lo histórico se eslabona con lo nuevo sin perjuicio de la libertad humana; hoy es hijo de ayer, y aún en los períodos revolucionarios no es difícil ver centellear y lucir con serena lumbré, á despecho de los tornasolados celajes que lo envuelven, el hilo de oro de *la tradición*. ¡Feliz el pueblo que, como Inglaterra, no se avergüenza nunca de su pasado! ¡Feliz el que, logrando preservarse de efímeras arrogancias y locos ensoberbecimientos, estudia las páginas de la historia con circunspección y sentido práctico y deduce por ellas la cultura relativa que puede esperar y el destino que le reserva el porvenir!

He concluido.

J. Leopoldo Feu.